



EL SOLDADO DE PLOMO

CUENTO DE ANDERSEN

(Conclusión.)

La corriente era rápida; los dos pilluelos le seguían corriendo y tocando las palmas. ¡Qué oleaje, Dios mío, en este mar! El barco de papel se agitaba en todas direcciones, pero á pesar de sus bruscas sacudidas, el soldado de plomo permanecía impasible, con la mirada fija y el arma al brazo.

—¿Adónde voy?—pensaba nuestro navegante.—Sí, sí, el duende es quien me juega esta mala pasada.

Muy pronto apareció una rata de agua; era un habitante del canal.

—El pasaporte—dijo,—venga el pasaporte.

El soldado de plomo guardó silencio y aprestó su fusil. El barco siguió su camino, y la rata detrás enseñando los dientes y gritando:

—Detenedle, detenedle, que no ha pagado el derecho de pasaje ni ha presentado el pasaporte.

Pero la corriente crecía por momentos; el soldado distinguía ya la luz; pero al mismo tiempo oía un ruido capaz de hacer temblar al hombre más intrépido. Al extremo del canal había un salto de agua tan peligroso para nuestro

soldado como lo sería para nosotros una catarata, y estaba tan cerca que era ya imposible retroceder.

El barco se lanzó al precipicio; el pobre soldado se mantenía tieso y firme, y nadie hubiera podido decir que pestañeaba siquiera.

Después de dar muchas vueltas sobre sí mismo, el barco se había llenado de agua y amenazaba sumergirse.

El agua llegaba al cuello á nuestro soldado; el buque se hundía más cada vez.

En esto el papel se despliega y el agua cubre la cabeza del navegante, que piensa en la hermosa bailarina, á quien no espera ver más.

El papel se rompe y el soldado cae; pero en el mismo momento es devorado por un pez.

¡Entonces sí que estaba oscuro! Aquello era peor que el canal. ¡Y qué apretura! Pero siempre intrépido, el soldado de plomo se tendió cuán largo era, con su arma al brazo.

El pez se movía en todos sentidos y daba terribles sacudidas; por fin se quedó quieto y pareció que le atravesaba un relámpago. Lució el día y una voz gritó:

—¡Un soldado de plomo!

El pez había sido cogido, expuesto en el mercado, vendido y llevado á la cocina, donde la cocinera le había abierto



con un gran cuchillo. Después le cogió con dos dedos por medio del cuerpo y lo llevó á la sala donde todo el mundo quiso contemplar aquel hombre notable que había viajado en el vientre de un pez.

Sin embargo, el soldado no estaba orgulloso. Se le puso sobre la mesa y allí... ¡qué cosas tan raras se ven en el mundo! se encontró en la misma habitación de la cual había sido arrojado por la ventana. Reconoció los niños y los juguetes que estaban sobre la mesa y el bonito castillo y la hermosa bailarina, siempre con su pierna en el aire.

El soldado de plomo se conmovió tanto, que hubiera querido llorar plomo, pero esto no hubiera estado bien.

Miró á la bailarina; la bailarina le miró á él, pero no se dirigieron ni una palabra.

De improviso, uno de los niños le cogió y le echó al fuego sin el menor motivo, impulsado, sin duda, por el duende de la tabaquera.

El soldado de plomo estaba de pie, iluminado por un resplandor vivísimo, y sintiendo un calor insoportable.

Todos sus colores habían desaparecido, sin que nadie pudiera decir si esto era consecuencia de sus viajes ó de sus penas.

Seguía mirando á la bailarina, y la bailarina le miraba también. El se derretía; pero siempre valeroso, conservaba su arma al brazo.

En esto se abre una puerta y el viento arrebató á la bailarina, que, semejante á una sílfide, vuela hacia la chimenea, cerca del sitio que ocupaba el soldado, y desaparece entre las llamas. El soldado de plomo se había convertido en una pequeña masa.

Al día siguiente, cuando la criada entró á recoger las cenizas, encontró un objeto que parecía un pequeño corazón de plomo. De la bailarina sólo quedaba una pajita ennegrecida por el fuego.



HISTORIA NATURAL

EL GALLO

Esta ave doméstica forma, según los naturalistas, un género del orden de las gallináceas y de la familia de los fasiánidos. Es originario de las regiones tropicales de Asia, y de allí vino y se repartió por doquiera este animal simpático, altivo y elegante que todos conocemos, *de vista* por lo menos.

Su cabeza coronada por la roja cresta, su ojo vivo y despierto, su cuerpo cubierto de un brillante plumaje de colores con reflejos metálicos, su arqueada cola de largas plumas, sus fuertes patas que calzan espuelas como los caballeros, su modo de andar gallardo, su canto característico y su valor á toda prueba, son bien conocidos.

Todos los pueblos le escogieron por símbolo de la vigilancia, pues no hay cuidado de que á su hora se olvide de lanzar su valiente *quiquiriquí*. Esta regularidad en el canto, ha hecho que por él se haya medido el tiempo como con un seguro reloj. Cuando Jesucristo advirtió á San Pedro que no tardaría en negarle, le dijo: *Antes que cante el gallo me negarás tres veces*.

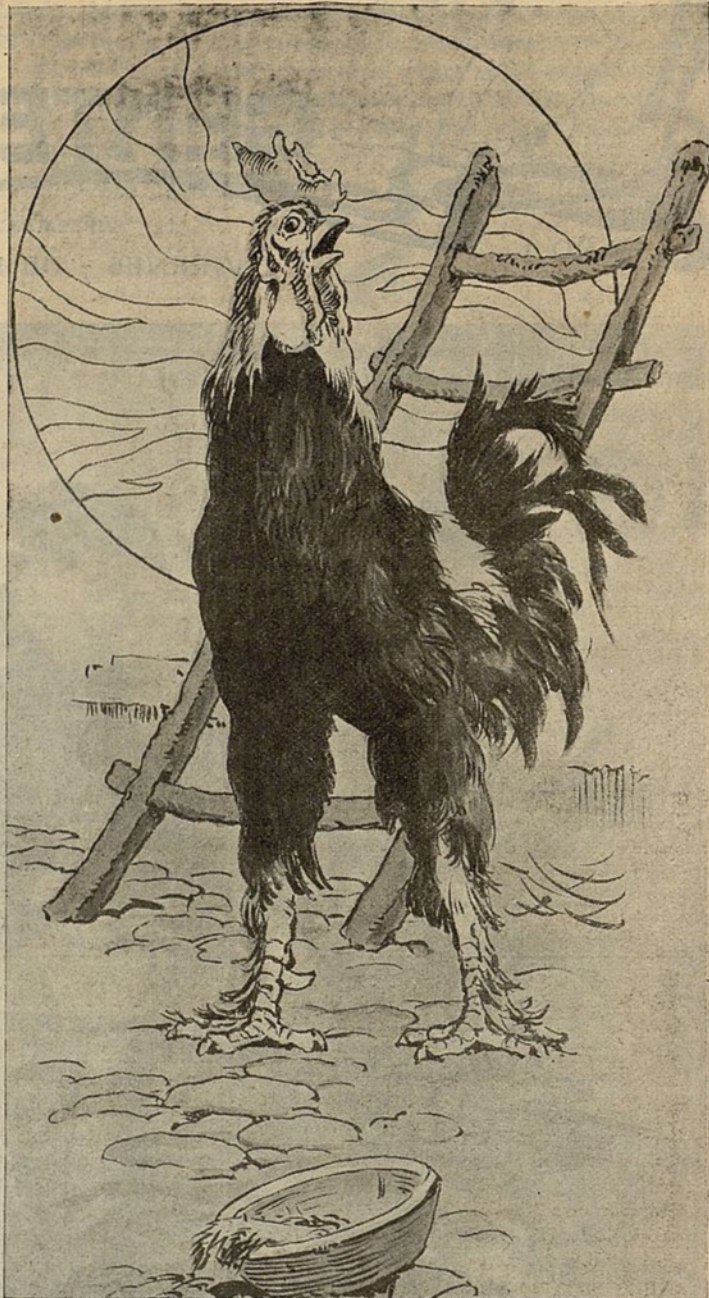
Esta alusión al canto del gallo para designar ciertas horas, la encontramos en muchos antiguos escritores.

Media noche era por filo,
los gallos quieren cantar,

dice un conocidísimo romance caballeresco, y en el poema del Cid se emplea la frase *á los mediados gallos* para expresar la hora á que los guerreros madrugadores salían á correr sus aventuras. Llamábanse *primeros gallos* los que cantaban á media noche, *mediados gallos* los que lo hacían de dos á tres de la madrugada, y *postreros gallos* los que lanzaban su *quiquiriquí* al despuntar el día.

El valor del gallo es notable, y su ardimiento en la lucha le convierte en fiera. Estas condiciones de valor y fiereza las ha aprovechado el hombre desde hace muchos siglos para una diversión sanguinaria y antipática: las peleas de gallos.

La afición á estas luchas, en las que se cruzan apuestas de dinero, ha sido, y aún es en ciertos países, tan grande que se han obtenido razas especiales de gallos de pelea, y á éstas se las prepara con exquisito cuidado para hacer más



poderosas sus armas naturales y más fácil su defensa contra el ataque del contrario.

Las riñas de gallos terminan, generalmente, con la muerte de uno de los contendientes. Es un espectáculo sangriento, repugnante para todo el que, sin la ceguedad de la afición ó el interés que el juego despierta, contempla la lucha.

Los artistas romanos nos dejaron muchas reproducciones del gallo en sus obras. De esta suerte, le vemos figurar al lado de Mercurio y al de Marte, y hasta sobre el casco de Minerva.

De alusiones á este animal altivo está lleno el lenguaje familiar. Ser *el gallito* llamamos á dominar ó sobresalir en algo ó en alguna parte; *levantar el gallo*, á manifestar arrogancia en la conversación ó en el trato; *en menos que canta un gallo*, decimos para expresar la rapidez y brevedad con que se hace alguna cosa y para significar la resistencia del que después de vencido todavía alardea, decimos: *como el gallo de Morón, sin pluma y cacareando*.



EL GATO DE ANITA

Era Anita una niña tan juiciosa, que á los pocos Abriles que contaba la dejaba su madre muchas veces sola cuidando de la humilde casa. La pobre viuda, á fuerza de trabajo se ganaba el sustento, y la obligaba á salir de su hogar el ir en busca de labor y después ir á entregarla. Un día, pues, que Anita quedó sola

Gente Menuda

enía que mondar unas patatas,
y con el mismo juicio que una vieja
e estuvo allí solícita mondándolas.
Un gato que tenían, muy hermoso,
siempre á la pobre niña acompañaba,
y haciéndola mil fiestas y caricias
le granjeó el cariño de su ama.
Este día, cual todos, el gatito
siempre muy cerca de la niña estaba
cuando de pronto llaman á la puerta,
y la niña, que entonces se levanta,
dice al gato: «Te dejo la cazuela
á tu cuidado, á ver cómo la guardas.»
El gato se acercó, la olió un ratito
y se sentó á su lado sin tocarla.
Volvió Anita y halló que su buen gate

estaba allí muy serio haciendo guardia,
y dijo: «Así me gusta, has sido bueno;
eres digno de toda confianza.»

.....
En otro día, que salió su madre,
la buena Anita estaba echando en agua
un trozo de pescado que tenían,
cuando notó la niña que llamaban.
«Mira, gatito—dijo Anita entonces,—
tengo que ir á la puerta porque llaman;
en tí confío, guárdame el pescado
lo mismo que guardaste las patatas.»
¿Necesito decir lo que hizo el gato?
Acercarse y oler, meter la pata,
sacar el trozo y engullirlo entero,
fué cosa brevemente ejecutada.

Volvió la niña, y al saber el caso,
de sus ojos brotaron muchas lágrimas,
y pensó en adelante ser prudente
á fin de no pecar por confiada.

Habrá quien no comprenda que una niña
pueda ser con un gato tan incauta;
pero ¿cuántas personas ya mayores,
pagadas de finezas y alabanzas,
confían en personas que al principio
simulan honradez y las engañan?
No es bueno pensar mal de todo el mundo
y es bella la tranquila confianza,
mas debe acompañarla la prudencia
si han de evitarse consecuencia malas.

C. V.

LA PATRONA DE ESPAÑA

El día 8 de Diciembre, en el
que la Iglesia Católica ce-
lebra la festividad de la Inma-
culada Concepción de la Vir-
gen María, visten de gala las
tropas españolas, flamean las
banderas de la Patria, y al ale-
gre voltear de las campanas de
nuestros templos se unen los
estampidos de los cañones en
salva de honor en nuestras for-
talizas y en nuestros barcos,
porque la Virgen de la Concep-
ción es la Patrona de España.

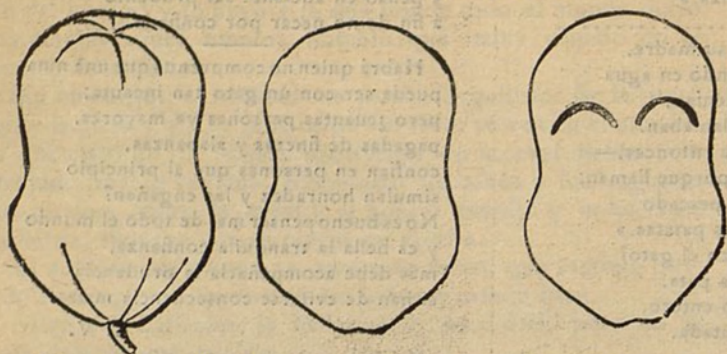
Hace cincuenta y dos años
que, previo un plebiscito del
mundo católico, lo declaró dog-
ma de fe el Pontífice Pío IX...
Durante dieciocho siglos y me-
dio no fué obligatorio creer
que la Virgen María nació li-
bre del pecado original, y los
doctores en la Iglesia discutían
en pro y en contra de esta
creencia según su respectivo
criterio, con tal calor, que hu-
bieron de prohibirse estas dis-
cusiones públicas, respetando
las creencias de cada cual sobre
este punto; pero España no
aguardó á que la declaración
dogmática se hiciera, para tri-
butar ferviente culto á la Vir-
gen Inmaculada, y autores muy
respetables aseguran que desde
el tiempo de San Ildefonso se
celebraba su fiesta el 8 de Di-
ciembre.

Para convencerse de lo anti-
guo que es este culto en Espa-
ña, basta con ver las imágenes
de la Concepción que nos de-
jaron nuestros artistas, que en-
tonces no esculpían ni pintaban
para Museos ni Exposiciones,
sino para los templos. Palomi-
no, Vergara, Maella, Castillo,
Escalante, Pareja y tantos
otros pintores nos dejaron imá-
genes de la Inmaculada, y en-
tre ellas son famosísimas las de
Juan de Juanes, Tiépolo, Ri-
bera, y sobre todo, las del gran
Murillo, llamado el pintor de
las Concepciones. Sólo de éste
se conocen veintinueve, repar-
tidas por los Museos del
mundo.

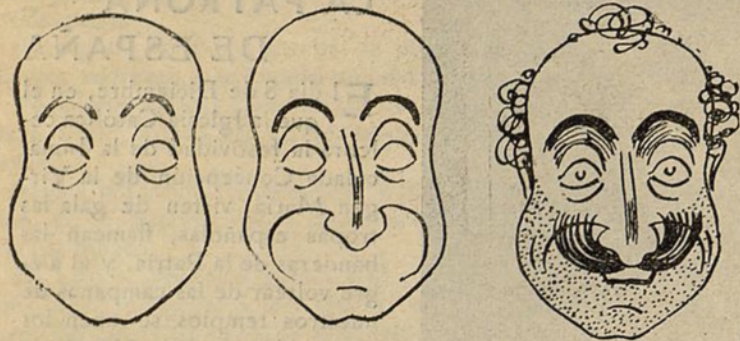


LA INMACULADA CONCEPCION DE LA VIRGEN MARIA
CUADRO DE MURILLO EN EL MUSEO DEL PRADO

DIBUJAR ES FACIL



Tómese el contorno de una cucurbitácea (1), prescindiendo del rabito (2); dos arcos bien negros (3); otros dos debajo de cada uno, y otros dos en



sentido inverso (4); dos curvas paralelas arrancan de junto aquellos arcos negros. La punta de la nariz y las curvas que le sirven de paréntesis es cosa elemental (5). Unos circulitos negros y sin cerrar por arriba darán las pupilas de sus ojos; unos garabatos *ad libitum*, su ensortijado cabello; unos trazos curvos, sus enhiestos mostachos; y unos puntos en los carrillos indicarán la fuerte barba del gran actor Emilio Thuillier (6).

ANECDOTAS

Como modelo de lógica sofisticada se puede citar el argumento de aquel que decía: «Yo afirmo que todos los de mi pueblo son embusteros; pero como yo soy de mi pueblo, soy también embustero, y he mentado, por lo tanto, al decir que son embusteros. Luego los de mi pueblo dicen la verdad, y como yo soy de allí, no he mentado al decir que todos somos unos embusteros.»

Al famoso pintor Apeles le dijo un zapatero que contemplaba uno de sus cuadros, que encontraba un defecto en el coturno de una figura. Apeles tomó los pinceles en seguida y se apresuró a corregir aquel defecto. Envanecido el zapatero por la sumisión del artista, criticó entonces una pierna.

—¡Alto ahí!—le gritó Apeles,—la crítica de un zapatero no debe subir más arriba del calzado.

Este es quizá el origen de la frase «zapatero, á tus zapatos.»

Un hombre que tenía un pleito fué á ver al juez que había de sentenciarle, y le dijo:

—Repáre V. S. que en ese pleito está tan interesado ó más que yo.

—¿Cómo?—preguntó el juez todo extrañado.—¿Qué interés tengo yo en ese pleito?

—Más que yo, pues para mi se trata de unas cuantas pesetas, y para V. S. de la conciencia.

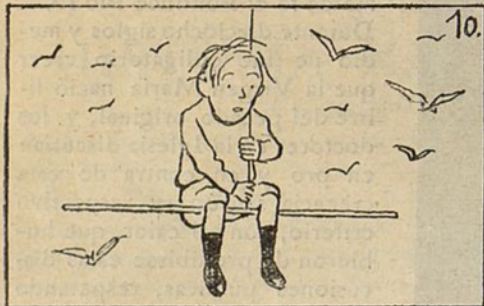
Un caballero muy elegante que subía por la calle Mayor, se encontró con un *golfo*, en mangas de camisa y medio descalzo, que venía en dirección contraria, y le preguntó:

—¿Me hace usted el favor de decirme si voy bien para la Puerta del Sol?

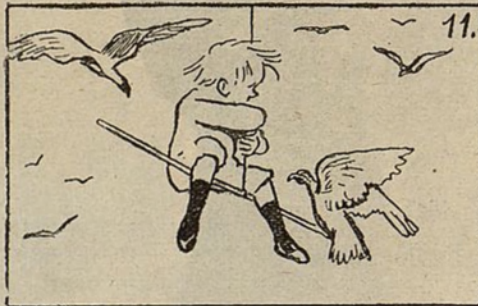
El *golfo*, observando su traje y señalando al suyo, le contestó:

—¡Ya lo creo que va usted bien! Mire usted cómo voy yo... ¡y vengo de allí!

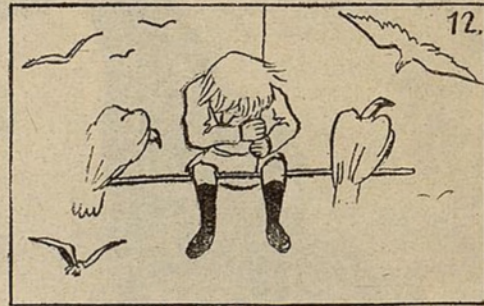
LA COMETA DE AGAPITO (Continuación.)



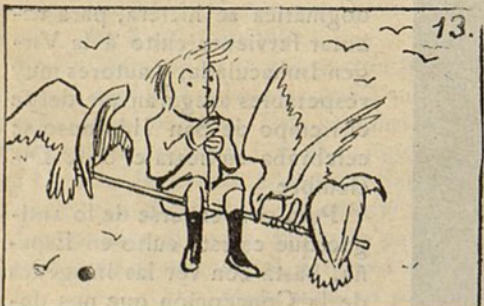
Agapito, sentado en el palo del ovillo de su cometa, meditaba en su triste situación.



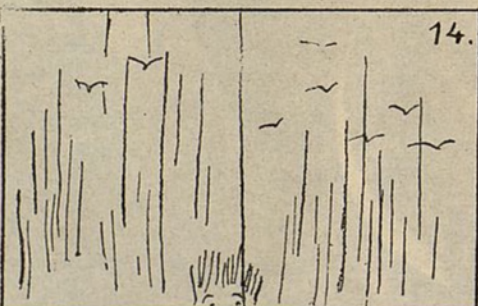
Un ave de rapiña, poniéndose en el extremo del palo, alteró su equilibrio.



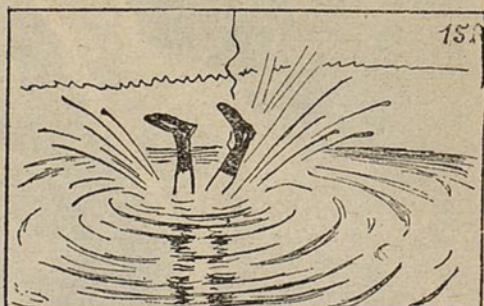
Otra que se colocó en el extremo opuesto lo restableció; pero aumentando el peso.



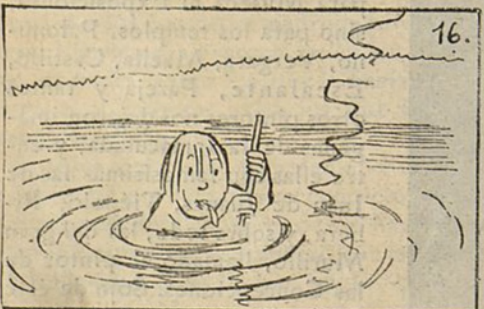
Una tercera vino á complicar la situación de un modo grave.



Agapito notó que descendía rápidamente y tembló de pies á cabeza.



No tardó en experimentar una terrible impresión al zambullirse en una charca.



Gracias al palo que apoyaba en el fondo, pudo mantenerse á flote.



—¿Dónde estaré?—se decía al salir hecho una sopa de aquella charca.



—¡Esalam a'ikum!—le dijo un moro enorme que se encontró de manos á boca.